



Organo de la Obra de las Vocaciones Sacerdotales • Arquid. de Montevideo. (República O. del Uruguay)

AÑO III

Redactor Responsable: Pbro. Dr. Miguel Balaguer. — Treinta y Tres 1360

Num. 13

Publicación Trimestral

Montevideo. Agosto de 1939

NUESTRA MISION

Rogar para que haya el número suficiente de sacerdotes ¿es una obligación o será solamente una obra recomendable y meritoria?

Nosotros, generalmente, no tenemos como DEBIDO a nuestro prójimo, sino lo que es tal por justicia. Olvidamos.. que el precepto de la caridad, que es el primero y más importante de todos, nos obliga a dar, por caridad, muchas cosas que no debemos por justicia. Y es tan generalizado este error: que para el vulgo algo que se debe dar por caridad, es algo que se debe dar si se quiere.

Y no es así: es algo que se debe dar, aunque no se quiera, no por un título adquirido por el prójimo, que esto es justicia, sino por un título que trae el hombre al nacimiento: el ser hijo de Dios y hermano nuestro. Ahora bien, el bien sobrenatural de nuestro prójimo, — que es el único bien verdadero, — está supeditado a la acción apostólica del sacerdote. De él debe recibir la enseñanza religiosa y de él debe recibir los sacramentos, que son la medicina y el alimento sobrenatural del alma. Pero el número de sacerdotes lo dejó Nuestro Señor en nuestra buena voluntad cuando dijo: "La mies es mucha, los operarios pocos; rogar al Señor de la mies para que envíe operarios a su heredad".

El medio para que haya sacerdotes dejado por Jesucristo es, por consiguiente la oración: ROGAD PARA QUE EL SEÑOR DE LA MIES ENVIE OPERARIOS A SU HEREDAD.

Sin sacerdotes no hay salvación; sin oraciones nuestras no habrá sacerdotes, luego la conclusión es clara: El rogar para que haya el número suficiente de sacerdotes es una obligación de caridad.

Es muy fácil el engañarse, atribuyéndonos un amor que no tenemos, por la sola razón de que no sentimos aversión hacia ninguno de nuestro prójimo. Pero el amor no es sólo la ausencia del odio, es algo positivo y que impela a hacer el bien a la persona amada y sin esto no hay amor.

El Sacerdote y el Obrero

El obrero generalmente, odia y está lleno de prejuicios contra el sacerdote. Le han dicho que es un engañador del pueblo; que es un hombre amador de la buena vida; que para evitar el trabajo y vivir descansadamente inventa dogmas para asustar a los crédulos. Ahora se le dice que es el sostenedor de todos los sistemas y de todos los gobiernos a los cuales le han enseñado primero odiar como la encarnación de la maldad y del despotismo; que el sacerdote es el enemigo número uno del pueblo y de la libertad.

Añádase a esto que el instinto de conservación de la moral libre hace odiar al sacerdote sin saber por qué. Todo hombre de costumbres no cristianas sino materialista odia necesariamente al sacerdote, y el obrero, por lógica, tiene que ser materialista y la lógica se cumple en este caso.

¿No hay ninguna culpa en el sacerdote que dé motivo para que el pueblo plense así? Sería una locura el pretender, que nosotros los sacerdotes (el que escribe esto es un sacerdote) por el hecho de serlo somos

santos y además de esto siempre prudentísimos en el modo de obrar hasta el punto de no dar siquiera pretexto al mal para que tenga sus excusas.

La hay y la habrá siempre. Porque los sacerdotes son hombres y tienen sus faltas y las tendrán siempre. Los que nunca han tratado de amoldar su vida a un ideal superior que exige el negarse muchas veces y el sacrificarse siempre se escandalizan de las faltas de los que aspirando a un nivel superior caen. Si ellos hubieran hecho la prueba sabrían lo difícil que es ser consecuente siempre en las acciones con las normas superiores. Además la Iglesia es divina y se perpetua a través de los siglos a pesar de no alargar al hombre; a pesar de ser perseguida sangrientamente, a veces, y con calumnias y desconocimiento siempre; a pesar de que los hombres que la sustentan con su acción, no obran ni lo más prudentemente posible, ni lo más sabiamente; a pesar de todo eso no muere, precisamente porque a la Iglesia no la sustentan desde la tierra sino que la sostienen desde el cielo.

El Pecado en el Sacerdote

El mal es siempre escandaloso y el bien, generalmente, no se ve. Un cristiano irascible, pero que trabaja por vencerse en su pasión, quizás cien veces estuvo tentado a enojarse y se venció. El mundo no vió la tentación; no vió el vencimiento; no vió, por consiguiente la virtud. En cambio una vez, ese cristiano cayó: explotó su genio. Eso es lo que se vió.

Hay miles de sacerdotes en el mundo. No se ven las veces, que muchos de ellos son bajamente tentados y resisten heroicamente a las seducciones. Eso, necesariamente, tiene que quedar oculto. Pero uno cae. Eso se ve. Quizás ese mismo que cayó resistió tantas y tantas veces, que si se hubiera sabido eso sería su mejor sermón. Pero eso, necesariamente, no se ve; eso no se publica. En cambio se publica el mal porque se ve y porque hay muchos que tienen necesidad de publicar el mal del sacerdote para que su propia maldad encuentre compañía.

Los militares católicos

Un grupo de militares católicos, se constituyeron en agrupación religiosa, creyendo, que en un país que se vanagloria de liberal, tendrían por lo menos la misma libertad que tienen los militares masones, ya que no es un secreto para nadie que un buen número de militares nuestros pertenecen a esa institución secreta e internacional.

Pueden ser masones y nadie de los que ha protestado contra la agrupación de los militares católicos, ha protestado contra eso. Y la masonería es una sociedad secreta, por lo tanto para quien no sea totalmente zonzo, por lo menos sospechosa. Porque nadie va a ser tan ingenuo de creer en fines santos y nobles que hay necesidad de ocultar.

¿Quién es el jefe de la masonería universal? Nadie lo sabe y si hay alguien que lo sepa que lo diga. ¿Por qué se oculta? No se sabe por consiguiente cuáles son sus directivas y cuáles son sus fines.

En cambio, en la Iglesia, se sabe cual es el jefe y cual es su doctrina y cuáles son sus órdenes. Pero se puede ser militar masón y no se puede ser católico.

No se puede permitir, se dice, una agrupación de militares católicos porque habría que permitirla, si mañana se quisiera hacer, de comunistas. Esto es primeramente una franca confesión del fracaso, en la práctica, del liberalismo integral.

Hay que quitar ciertas libertades porque no se pueden permitir todas.

Y en segundo lugar es algo que ni pueden creerlo los que lo dicen (porque sería la prueba palmaria de que tienen tanta facultad discursiva como un niño de ocho años).

Los militares comunistas no pueden agruparse porque un comunista no puede ser militar, ya que tiene tanta capacidad para las funciones militares como un perro para guardián de salchichas. El militar es un empleado de la sociedad que se compromete ante

Padres dad sacerdotes a la Iglesia

Tiene necesidad de ellos para evangelizar los campos y las ciudades: la tiene para mantener en la fe a los que la tienen y para convertir a los que la han perdido; la tiene para marchar a la conquista de los pueblos infieles.

Necesita sacerdotes sabios, capaces de refutar los errores contemporáneos; sacerdotes escritores, capaces de manejar la pluma, de escribir libros, de redactar periódicos; sacerdotes predicadores capaces de dirigir a las muchedumbres una palabra elocuente, documentada, poderosa. Para salvar la juventud, para mejorar el estado moral y el estado material del pueblo, tiene necesidad de apóstoles, tiene necesidad de sacerdotes.

Padres, dad sacerdotes a la Iglesia. La cuestión es nacional y patriótica, tanto como religiosa. Para realzar la nación, hay que cristianizarla. Ahora bien, para cristianizar la nación, hacen falta sacerdotes. Somos los obreros de la grandeza nacional. Dad a la

SEPALO EL PUEBLO

Antiguamente los hospitales, cuya fundación se debe a la Iglesia, estaban en sus manos. Los que servían en ellos lo hacían por caridad, como lo hacen todavía las Hermanas de Caridad, y los sostenían los ricos con limosnas por amor al prójimo, también. Muchos dejaban al morir sus bienes o parte de ellos para sostener esas obras. Así sucedió que la Iglesia llegó a tener muchas propiedades con cuyas rentas hacía frente a los gastos de esos establecimientos.

Pero vinieron más tarde gente que amaba mucho al pueblo (tradúzcase: a esos bienes) y empezó a gritar, por amor al pueblo: "Miren cuánto dinero tienen los curas; eso es del pueblo; eso debe servir al pueblo y no para engordar frailes haraganes, etc., etc."... Y sucedió lo que tenía que suceder. Subieron al poder los que habían gritado, porque los subió el pueblo, por cuyo bien habían gritado tanto.

Y la Iglesia perdió los hospitales y perdió las propiedades con cuyas rentas se sostenían, y —en tren de conjugar el verbo perder,— esas propiedades se perdieron del todo al poco tiempo. Desaparecieron. ¿Se las tragó la tierra? Nadie lo sabe, porque los que le hacen saber las cosas al pueblo dejaron de gritar. Diz que no se puede hacer eso con la boca llena. Y como había que sostener los hospitales y se habían perdido las propiedades con cuyas rentas se sostenían, vinieron los impuestos sobre todos, para sostener esas obras. Antes las pagaban los ricos; desde entonces las pagaría todos, también los pobres. Y para sostener esas instituciones que sostenía antes la caridad pública, se toleran los mayores vicios y explotaciones de los pobres, en cuya cabeza figura la prostitución y el juego, porque esas inundaciones pagan impuestos para curar las enfermedades que en un cincuenta por ciento, por lo menos, ellas han causado.

Esas son las ganancias del pueblo siempre que se deja llevar contra la Iglesia por los eternos enamorados de su bien.

Se necesita del pueblo para subir, por eso hay que halagarlo; pero se necesita subir para engordar.

Los Sacerdotes son unos haraganes

Si el que dice esto es un enemigo de la Iglesia y está convencido de que esto es verdad no tendría motivos sino para alegrarse. Una Iglesia que tiene una doctrina antipática porque tiene mandamientos, unos que atan los gustos de los hombres y otros que imponen sacrificios; que

MORAL LAICA

Si la Iglesia con su moral que reprende hasta los pensamientos y deseos, que detiene, por consiguiente, la acción mala en sus gémenes y con su fundamento de moral que nos hace responsables ante Dios para quien no hay acciones y móviles ocultos y de cuyas sanciones no podremos escapar por habilidad o por influencias, no ha podido hacer bueno al hombre, porque éste permanece siempre libre y el mal es halagador en ciertas circunstancias ¿qué podrá hacer la moral laica que no puede dar ningún fundamento sólido a sus prescripciones? OBRA DE MANERA QUE TUS ACCIONES PUEDAN SERVIR DE NORMA AL UNIVERSO. Este postulado de Kant es, más o menos, la base de la moral laica u otro parecido en cuanto a su consistencia. A todo eso puede responder y responde el hombre. ¿Por qué he de renunciar a proporcionarme un gusto en nombre de esa afirmación u otra parecida inventada por algunos temerosos de que los despojáramos del tranquilo goce de sus satisfacciones, si no tenemos más realidad que esta vida y en ella lo único que la hace llevadera son precisamente esas satisfacciones? ¿Por qué he de renunciar a las mías para no perturbar el libre goce de las suyas a los demás? Porque a ellos se les ha antojado inventar esas afirmaciones para que no los molesten. ¿Para que ellos no se molesten me he de molestar yo, privándome de lo único que hay en la vida?

Esas teorías no pueden dar ninguna consistencia a los actos humanos cuando se siente impulso hacia lo malo y cuanto mayores sean esos impulsos, menos.

Los que pretenden en serio construir la moralidad sobre esa base, desconocen al hombre y viven tan lejos de la realidad, que es imposible quererlos convencer sino haciéndolos salir de su escritorio y dejar los libros para que vean al hombre como es.

tiene una doctrina llena de misterios que hay que admitir y que por lo tanto obliga al entendimiento del hombre a humillarse — tarea nada agradable por cierto—; una Iglesia que hasta sacrifica el bolsillo del hombre, que es de los sacrificios a los cuales se pone más dificultades, y que tiene como sostenedores a unos hombres haraganes no tardará en desaparecer. ¡Qué más quiere, amigo! A usted le debería dar rabia que una Iglesia de la cual usted querría ver el fin tuviera como predicadores y propagandistas a hombres activos y laboriosos; pero siendo como usted dice ¿qué más quiere? eso se terminará por sí sólo. Los haraganes no harán nada en ninguna obra y menos en una cuya aceptación no es nada grata al hombre.

AJIES EN VINAGRE

—Para ser bueno no se necesita ir a la iglesia.

TRADUCCION LITERAL: Yo soy bueno y no voy a la iglesia.

COMENTARIO: Y muy modesto. ¿Quién sabe si dicen lo mismo sus vecinos?

—Yo no soy católico porque ¡hay cada católico!

—Pero es no católico y ¡hay cada no católico!

—Yo no robo ni mato.

—¡Y en eso consiste la santidad? No lo sabía. Las prostitutas tampoco hacen eso.

—Si hay Dios ¿por qué no castiga a los malos?

—No sea tan exigente ¡no tiene miedo que le tome la palabra!

Dios castiga a los malos pero cuando

El quiere y no cuando a Vd. se le antoje. No tiene mucho apuro porque no se le van a escapar. Ni usted tampoco.

—¡Fulano de tal tan católico! confiesa y comulga y se golpea el pecho, y viene un pobre a pedirle limosna y se la niega. Yo en cambio...

—A sí, usted no se golpea el pecho ni confiesa, ni comulga, pero da a los pobres ¡verdad? A propósito, necesito una contribución de un hombre bueno como usted para los pobres de San Vicente.

(Aquí hay peligro de que el hombre que no se golpea el pecho lo golpee a usted).

—Y usted amigo, tan grande y va a la iglesia todavía.

—Y usted no le puedo decir donde va y a que va porque hay menores delante.

—El comunismo traería el paraíso a la tierra.

—Por qué no se va para Rusia? ¡No sea zonzo! No se pierda el paraíso por babieca, usted que no cree nada más que en esta vida.

—La iglesia para las mujeres.

—Y los despachos de bebidas para los hombres, ¡verdad?

—¿Por qué los curas asustan a la gente con el infierno?

—Diga porque nos asustan. Si a usted no le hiciera mella no chillaría. ¡Por qué no chillaría usted porque las madres asustan a los chicos con el hombre de la bolsa?

—Usted cree todo lo que le dicen los curas.

—Y usted cree todo lo que le dice el diario. Los curas para hablar de religión han estudiado muchos años y ese que escribió lo que usted cree, ¡sabe Vd. si ha estudiado algo?

PADRES, DAD SACERDOTES
A LA IGLESIA

sacerdotes santos, doctos, celosos, sacerdotes que sean la luz del mundo y sal de la tierra.

Mons. Gibier.

Iglesia; dad a la patria sacerdotes, sa-

cerdotes

ella a servirla en la defensa de su acervo patrio y de las leyes; y un comunista no puede aceptar ese compromiso porque niega la patria y el orden actual de la sociedad; por lo tanto no puede ser militar.